

BATH, 16 de Noviembre de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

La vanidad, ó para darle otro nombre más blando, el deseo de aplausos y de admiración, es quizá el móvil más universal de las acciones humanas; no digo que sea el mejor, y confieso que á veces produce efectos ridiculos y criminales: pero es con mayor frecuencia origen de acciones justas y honrosas, que deberian en verdad nacer de principios rectos; mas sin embargo, considerando la naturaleza humana, este deseo de aplauso debe ser fomentado y protegido en vista de sus efectos. Cuando falta este deseo nos volvemos indiferentes; caemos en una especie de inercia y de indolencia sin emulación; no ejercitamos nuestras facultades y parecemos tan inferiores á nosotros mismos, como

amistad decirme sus defectos que sus perfecciones. Os prometo bajo mi honor, el secreto más inviolable. Entre los defectos que pueda tener, conozco uno de que no me queda duda. Es defecto ciertamente negativo, defecto de omisión, pero con todo, es muy grande con respecto al mundo. Le falta aquella destreza seductora, aquellas maneras agradables, aquellas atenciones pequeñas, aquel aire, aquel *abord* y aquellas gracias, todo lo cual contribuye á hacer sobre las gentes las primeras impresiones, que son de tanta utilidad en el curso de la vida. Es una especie de poder mágico, que preocupa á uno á primera vista en favor de aquella persona, le infunde deseos de entrar en relación con ella, y ve con parcialidad todo cuanto dice y hace. Sostendré en todo tiempo que esta magia es más útil en los negocios que en el amor. Este barniz es de lo más necesario, y os recomiendo lo inculquéis fuertemente.

No he vuelto á oír hablar del negocio de Venecia, ni creo que sabré nada hasta la llegada del duque de Newcastle, porque á mi me lo escribió con una razón para temer lo contrario. Considero el negocio como instrumento seguro de la fortuna del muchacho, pues lo coloca desde temprano en una situación desde donde con el tiempo puede subir á las más elevadas.

Supongo que él mismo os habrá ya dicho, cuán bondadosamente lo trató en Hannóver el duque de Newcastle, porque á mi me lo escribió con transportes de alegría. *Faites un peu valoir cela* cuando viereis ó tuviereis que escribir á su Señoría, pero como si sólo viniese de vos y accidentalmente. Podéis también agregar que yo mismo le estoy muy reconocido por su bondad. Creo que el muchacho no será inútil al ministerio con el tiempo, porque yo le he dado una educación propia para prestar servicios en cualquiera corte; y pienso procurarle medios suficientes para que no sea oneroso á ninguna.

el hombre más vano desea parecer superior, á lo que es en efecto (a).

Como te he elegido por mi confesor y no temo revelarte mis flaquezas, te diré francamente que he tenido esta vanidad, esta debilidad, si es que lo es, en sumo grado, y lo que es más, confieso mi pecado sin arrepentimiento; al contrario, me doy yo mismo los parabienes, porque si he tenido la dicha de agradar en el mundo la debo á este principio activo y poderoso. Entré en el mundo, no con un deseo ordinario, sino con una sed insaciable y una especie de rabia de popularidad, de aplausos y de admiración. Si esto me hizo cometer locuras por una parte, por la otra fué causa de todo lo bueno que haya yo hecho: este deseo de lograr aplausos me llevó á ser atento y civil con mujeres que no amaba, ó con hombres que despreciaba, aunque no apetecía la amistad de los unos, ni los favores de las otras; me vestía, expresaba y presentaba, lo mejor que podía, y confieso que me enajenaba de regocijo cuando notaba que la sociedad se hallaba contenta de mí; hablaba yo á los hombres de todo lo que creía que podía infundirles una opinión ventajosa de mi ingenio y de mi saber, y á las mujeres de lo que nunca deja de serles grato, la lisonja, el amor y la galantería. Á más de esto, te revelaré bajo el secreto de la confesión, que mi vanidad me hizo tomar á menudo penas infinitas para hacerme amar de ciertas mujeres, por cuyos favores no habría yo dado una toma de tabaco. Entre los hombres traté siempre de eclipsar, ó á lo menos de igualar, á quien brillaba más. Este deseo me impelia á hacer los mayores esfuerzos para satisfacerlo, y si no podía lucir en la primera esfera, lograba distinguirme en la segunda ó la tercera. Por este medio llegué á estar á la moda; y cuando un hombre ha llegado á tal predicamento, todo lo que hace es bueno. Es inexplicable el infinito placer que resentía yo al considerar mi boga y mi popularidad: mujeres y hombres me invitaban á todas las concurrencias, y en ellas daba yo en cierto modo el tono. Con los hombres era yo un

(a) Franklin consideraba esta especie de vanidad desde el mismo punto de vista que el autor. Muchas gentes, dice, ven de mal ojo la vanidad en el prójimo, sea cual fuere la dosis que de ella tengan ellas mismas. Yo la recibo mejor por donde quiera que la encuentro, persuadido de que las más veces produce bien al poseedor y á los que tienen contacto con él; y aun en muchos casos no tendría yo por absurdo que un hombre diese á Dios gracias por haberle dotado de *vanidad* como uno de los consuelos de la vida. Tr.

veleta; tomaba toda especie de formas para agradecerles; entre las personas alegres yo era la más alegre, entre las graves la más grave, y jamás omitía las menores atenciones que reclama el comedimiento, ó los menores oficios de amistad que podían serles gratos ó aficionarlos á mí. En consecuencia, por dondequiera que yo iba, pronto me veía ligado con los hombres más distinguidos y afamados.

Una grande parte del papel que he hecho en el mundo, la debo á aquel principio de vanidad que los filósofos encuentran tan despreciable, y que yo no considero así. Desearia que tuvieses por este lado una dosis igual á la mía, pero temo que tengas muy poca; parece que te hallas retentado de una especie de pereza y de desidia, que te hace ver los aplausos con indiferencia. Esto no conviene á tu edad, y sería cuando más perdonable en un filósofo anciano. Es proverbio vulgar, pero muy cierto « que el mejor pie ha de quedar siempre por delante. » Es necesario agradar, lucir y deslumbrar hasta donde nos fuere dado. Estoy seguro de que en París has de haber observado que *chacun se fait valoir autant qu'il est possible*, y La Bruyère observa justamente que *on ne veut dans ce monde que ce qu'on veut valoir*. Tratándose de aplausos, no verás nunca un francés, hombre ó mujer, omiso ó negligente; y si pones cuidado observarás las atenciones sin término, y el comedimiento mutuo que las gentes se manifiestan; no ciertamente por sus lindos ojos, sino por sí mismos, por las alabanzas y los aplausos. Déjame pues recomendarte este principio de vanidad; practícalo *meo periculo*; te prometo que redundará en tu beneficio. Pon en obra para agradar todo el arte de la coqueta más refinada; sé activo é infatigable para atraerte la admiración de todo el mundo. Nada, te lo aseguro, te encumbraría más alto en el mundo.

No he recibido ninguna carta tuya después de tu llegada á París, aunque tu morada allí ha debido ser bastante larga para haberme escrito dos ó tres renglones. Dentro de diez ó doce dias me propongo dejar esta ciudad y regresar á Londres. Los baños me han sentado, pero no hasta el punto que yo necesitaba. Presenta mis respetos á Lord Albermarle.

BATE, 28 de Noviembre de 1752.

MI QUERIDO AMIGO.

Después de mi última he leído las *Cartas de Madama Maintenón*, de cuya autenticidad estoy seguro. Estas cartas me han instruído é interesado, porque me han hecho conocer el carácter de esta mujer hábil y artificiosa, y creo que lo conozco ahora mejor de lo que lo conocia su *director* el abate Fenelón (después arzobispo de Cambray), cuando le escribió la carta señalada bajo el número 185, que también da á conocer á su autor, el cual, bien que rebosando de amor divino, ambicionaba ser primer ministro y cardenal, con la mira, *sin duda*, de tener oportunidad de hacer mayor bien. Como entonces era director de madama de Maintenón, sus deseos por este lado tenían más probabilidad de realizarse. Esta dama se puso como una santa delante de su director, quien no sólo fué bastante débil para creerla, sino que él por su parte habria querido persuadirle que era un santo; pero ella, me atrevo á decirlo, no creyó nada. Ambos sabían que Luis XIV era un santurrón, delante de quien era necesario aparentar este aire (a). Puede presumirse, y aun en verdad parece claro por la citada carta, que madama de Maintenón habia insinuado diestramente á su director, que tenia algunos escrúpulos de conciencia respecto á su conexión con el rey; escrúpulos que humildemente temo no fuesen otros que los de la prudencia, con el objeto de hisonjear á la vez el carácter santurrón del rey y aumentar sus deseos. El piadoso abate, temeroso de que S. M. no le imputase los escrúpulos ó las dificultades que pudiese epcontrar en la dama, le escribió la carta en cuestión, en que le ordena que se abstenga de fatigar al rey con avisos y exhortaciones y que manifieste al mismo tiempo la más profunda sumisión á su voluntad; mas temiendo que ella no se equivocase sobre la naturaleza de esta sumisión, le dice que es la misma que tenia Sara con Abraham, á la cual quizá debió Isaac su venida al mundo. Una

(a) Un famoso soneto del abate Renneville, puesto en boca de Madama de Maintenón, termina de esta manera:

..... Il me parla d'amour, je fis la Madeleine,
Je lui peignis le Diable au fort de ses desirs :
Il eut peur de l'enfer, e sot, et je suis reine.

Tr.

son-sacadora no habría escrito una carta tan halagüeña y persuasiva á una inocente jovencita, como la de este *director* á su *penitente*, la cual, me atrevo á decirlo, no tenía necesidad de estos buenos avisos. Aquellos que tratan de justificar al buen director..... (*alias the pimp*) en este negocio, no deben pretestar que el rey y ella se hallaban entonces casados secretamente, que el abate lo sabía y que ésta es la explicación del *enigma*. Tal cosa es de absoluta imposibilidad, porque este matrimonio secreto habría desvanecido todos los escrúpulos entre las partes; y aun no habría sido posible contraerlo bajo otros principios, pues que se le tenía secreto, y por consiguiente no prevenía el escándalo público. Es pues evidente que ella no podía estar casada con el rey cuando escrupulizaba otorgar, y cuando el *director* le aconsejaba conceder, aquellos favores que Sara dispensó á Abraham con tanta sumisión; y lo que el *director* tiene á bien llamar el *misterio de Dios*, era sin la menor duda un estado de concubinato. Las cartas son muy dignas de que las leas, porque arrojan luz sobre muchas cosas de estos tiempos.

Acabo de recibir una carta de Sir W. Stanhope de Lyon, en que me dice que te vió en París, que le parece has crecido pero que no sacas el partido posible de tu persona, porque siempre pareces encorvado; en su carta te hace sin embargo mil elogios.

El joven conde de Schullemburg, gentil hombre de cámara, que conociste en Hannover ha venido con el rey y también te elogia.

Dentro de cuatro ó cinco dias regresaré á Londres con el órgano del oído en mejor estado que cuando vine aquí; pero todavía estoy un poco sordo, de modo que no oigo la mitad de lo que se dice. Se necesita con más frecuencia de dinero menudo que de grandes sumas, y para emplear una antigua expresión, *querria oír con mis ojos*; yo gusto de las sensaciones cotidianas, del ingenio de todos los dias y de las diversiones del alma: un hombre que solo es bueno para los dias de fiesta, casi no sirve de nada. Á Dios (a).

(a) Diciembre 4. El autor á M. Dairelles:

..... Nuestro amigo y servidor está en París, en donde continuará puliéndose y mejorando sus maneras. Estoy haciendo todo lo posible para introducirlo en el próximo parlamento, como representante de alguno de los pueblos vacantes. Esto, como justamente observáis, removerá todas las dificultades; pero temo que todos se hallen comprometidos.

Tr.

LONDRES, día de año nuevo de 1753.

MI QUERIDO AMIGO.

Hace más de quince dias que no recibo carta tuya. Supongo sin embargo, que te hallas bueno, pero que las ocupaciones del escritorio de Lord Albermarle te ocupan toda la mañana; y que las tardes las dedicas á ocupaciones más gratas. Sacrificio de buena gana mi satisfacción á tu provecho y tus placeres.

Han llegado aquí últimamente de París dos caballeros que, como he sabido, te conocieron allí particularmente; uno es el conde de Sinsindorf, y el otro M. Clairaut el académico. El primero es bastante guapo, muy civil, con una alma adornada de conocimientos útiles; estas dos cualidades son muy compatibles. Creyéndolo juez competente, lo examiné tocante á ti, y me dijo *que hablabas alemán como un alemán; que sabías el derecho público del imperio perfectamente bien: que tenias un gusto seguro y conocimientos muy extensos*. Le contesté que ya sabía yo todo eso, pero que deseaba saber si tenías el aire, las maneras, las gracias, y en fin, el talante de un caballero. Su respuesta fué: *si en verdad, parece bien*. Este testimonio, como ves, es frío en comparación á lo que deseo y que tú debes desear. Tu amigo M. Clairaut agregó: *Mais je vous assure qu'il est fort poli*. Yo le respondí: *Je le crois bien, vis-à-vis des Lapons, vos amis; je vous récuse pour juge, jusqu'à ce que vous ayez été delaponné, au moins dix ans, parmi les honnêtes gens*. Estos testimonios en tu favor son tales, que quizá los creerás suficientes, pero á mí no me contentan, porque sólo son frias deposiciones de testigos desinteresados, arrancadas por preguntas forzosas. Cuando se forma el proceso de alguno y el criminal produce testigos en su favor, que sólo declaran que jamás han oído ni saben nada en su contra, lo único que puede deducirse de su testimonio es, que el acusado tiene un carácter neutro, pero poco respetable aunque inocente. Las prendas que yo te deseo y que tú debes tratar de adquirir son los adornos, las gracias, las atenciones etc., y que ellas sean la parte distintiva de tu carácter, de modo que todo el que te conozca las señale sin que se le pregunte su parecer. Deseo que se diga de tí: *¡ah! qué amable es!; qué maneras, qué arte de agradar!* La naturaleza, loado sea el cielo, te ha concedido amplias facultades, y si no te ha dado aún, espero en Dios que te dará, el deseo de ejercitarlas.

T. II.

7

He leído últimamente con gran placer los dos opúsculos ó *Historia de las Cruzadas* y del *Espíritu Humano de Voltaire*, que te recomiendo leas, si es que aún no lo has hecho. Ambos se hallan en el mismo volumen, con una sátira despreciable bajo el título de *Micromegas*, que se atribuye al mismo Voltaire; pero yo no puedo creerlo, por ser muy indigna de su pluma (a): se compone únicamente de pensamientos robados de Swift, pero desfigurados y mutilados de la manera más miserable. La historia de las Cruzadas expone con claridad y precisión, el proyecto más vergonzoso é inicuo, jamás concebido por la bribonería ó ejecutado por la necedad y la insensatez contra la humanidad. Hay una extraña relación, aunque común, entre los locos honrados y los bribones machuchos; y en dondequiera que se halle una masa considerable de los primeros, puede tenerse por seguro que serán dirigidos secretamente por los segundos. Los papas, que en general han sido los hombres más hábiles y más sagaces, estando ya en posesión de la autoridad y de los tesoros de Europa, deseaban adquirir todo el poder y las riquezas del Levante. El tiempo y los espíritus favorecieron su designio; porque entonces reinaba la barbarie y la ignorancia. Pedro el ermitaño, hombre insensato, fué un instrumento muy útil al papado para unas empresas tan extravagantes é injustas. Desearia que tuviésemos buenas historias de todos los estados de Europa, y aun del mundo, escritas bajo el mismo plan que la del Espíritu Humano de Voltaire. Confieso que me siento indignado del desprecio que manifiestan la mayor parte de los historiadores por la humanidad en general. Se creeria al leerlos, que toda la especie humana no consistía más que de ciento cincuenta individuos, condecorados injustamente con los títulos de emperadores, reyes, papas, generales y ministros.

M. Harte vino ayer á la ciudad y ha comido hoy conmigo. Hablamos de tí, y puedo asegurarte que aunque eclesiástico y sin pertenecer á las sociedades elegantes, cree que las cualidades resplandecientes te son tan necesarias como yo lo pienso. Dijo: *es todo lo que le falta, y considerando su situación y carrera, si no las ha adquirido, podría de la misma manera carecer de todo lo demás.*

(a) La escribió sin embargo Voltaire y se ve incorporada en sus obras completas. Tiene en efecto alguna semejanza con los viajes de Gulliver por Swift.

Tr.

Hoy es día de ofrecer y de recibir recíprocamente los votos más obsequiosos y apasionados en la apariencia, sin que por una parte sean sinceros ni por la otra creídos. Salen de la cabeza por costumbre, aunque el corazón los desaprobe (a). Los mejores votos en esta ocasión son los más sencillos; espero que no dudarás de la verdad de los míos, y por lo mismo voy á explicarme con la sencillez de un cudeáro: permita el cielo que este año sea verdaderamente nuevo para tí; ojalá puedas sacudir al hombre viejo para revestirte del nuevo; me refiero al hombre exterior y no al interior.

Recibo en este momento tu carta del 26 que contiene una excusa de tu silencio muy penosa para mí. Según los síntomas del mal de que me hablas, creo y espero que es el resultado de tu falta de cuidado. Tienes naturalmente tendencia á engordar, tu apetito es bueno, comes en las mejores mesas y esto debe aumentar la masa de tu sangre. En verdad, te verás muy molestad de estos accidentes, si cuando te halles pleno, irritado ó que sientas dolores de cabeza, no quieres tomar algún purgante ligero, que no te obligue á permanecer encerrado; v. g.; masticar ruibarbo al acostarlo, ó tomar sen por la mañana en lugar de té. Haces bien de vivir regularmente y de abstenerte de viandas succulentas; desearia, aunque no lo espero, que tomases un vomitivo ligero. Esos vahidos, esos vértigos de cabeza proceden siempre de un estómago que necesita limpiarse; sin embargo, considerándolo bien, me alegro que los síntomas de tu antigua indisposición no hayan aparecido en ésta, que, estoy convencido, viene de tu negligencia. Á Dios (b).

(a) Des trois cent soixante et cinq jours
Qui de l'an composent le cours,
C'est le premier de tous où l'on ment davantage;
Nul autre ne fait voir tant de duplicité.
Combien dans ce jour si fêté
Voit-on, par un fatal usage,
De faux baisers et donnés et rendus!
Combien de l'amitié tiennent le faux langage,
Qui voudraient voir périr ceux qu'ils flattent le plus!
De là certainement vient le double visage
Que la fable donne à Janus.

(SALENTIN.)

Tr.

(b) El autor á M. Dairrolles:

.... Tengo gran razón para creer que se conferirá pronto á nuestro amigo el puesto de Venecia. Estoy convencido de que tanto el duque

LONDRES, 45 de Enero de 1753.

MI QUERIDO AMIGO.

Nunca considero mis horas mejor empleadas que cuando te las consagro. Mucho tiempo há que te dedico la mayor parte de ellas, y ahora las absorbes completamente. El momento es decisivo: la obra se expondrá pronto delante del público; los perfiles y el colorido general no bastan para atraer los ojos y asegurar el aplauso; es necesario que una mano hábil y delicada aplique los últimos toques del pincel. Los jueces verdaderos distinguirán y reconocerán el mérito de la obra, y los ignorantes, sin saber por qué, sentirán sus efectos. En vista de esto he reunido para tu uso esas máximas, ó por mejor decir observaciones, sobre hombres y cosas, porque no tengo en ellas ningún mérito de invención. Yo no invento sistemas: en vez de dar vuelo á mi imaginación, sólo he consultado mi memoria, y mis conclusiones son sacadas de hechos no de fantasías. La mayor parte de los fabricantes de máximas prefieren la elegancia á la exactitud de un pensamiento, y la forma de la expresión á la verdad; yo me he abstenido de todo lo que no se haya justificado y confirmado por la experiencia. Considerálas seria y desinteresadamente y acude á ellas con frecuencia *pro renata*, en casos semejantes. Los jóvenes son inclinados á creerse con suficiente capacidad, como los borrachos á juzgarse bastante sobrios, y consideran su vivacidad de espíritu como un guia mejor que la experiencia, que les parece fria. Sólo se engañan á medias, porque aunque la vivacidad sin experiencia sea peligrosa, la experiencia sin vivacidad es lánguida é inútil. La perfección consiste en la unión de ambas; y aunque es raro el hombre que las reúne, tú puedes conseguirlo, si quieres, porque toda mi experiencia se halla á tu disposición, y no exijo que me

de Newcastle como su hermano M. Pelham están sinceramente empeñados en procurárselo, y me inclino á creer que la indiferencia de su Majestad por que vaya á Venecia, es tan grande, que no querrá dejar de obligarme á *si peu de frais*. Si tal cosa se lograra, considerarla yo como hecha la fortuna del muchacho, porque es dar á los veinte años un paso muy grande en la escalera política. Con esto, su asiento en el parlamento y los medios de fortuna que yo le procuraré, suya será la culpa si no hace algún papel en el mundo, y no se atrae la consideración general.

Tr.

des en cambio una chispa de tu vivacidad. Sirvete de una y otra, procurando que se animen y gobiernen recíprocamente. Lo que yo quiero dar á entender aquí por viveza de espíritu, es aquel ardor y aquella confianza de la juventud que le impiden distinguir las dificultades ó los peligros de una empresa, y no lo que el vulgo necio entiende bajo tal nombre, y que consiste en reeclar que se le muestra menos respeto del que merece, y en replicar con acritud á la menor ocasión. Yo llamo á esto vivacidad depravada y necia, que debería reservarse para pasto de puerocos. Tal no es la vivacidad de un caballero que ha frecuentado la buena compañía. Las gentes de educación baja y vulgar, cuando se hallan casualmente entre personas bien criadas, se imaginan que son el punto de mira de la atención de todo el mundo: si se habla quedo, están seguras de que es de ellas; si ven reir, que es á costa suya; y si alguno pronuncia una palabra de doble significado que pueda aplicárseles por una interpretación forzada, están convencidas de que se pensó en ellas, é inmediatamente se descomocierzan y encolerizan. Este error se ridiculiza muy bien en la comedia del *Estratagemas*, cuando Scrub dice: «Estoy seguro de que hablan de mí porque se mueren de risa.» Un hombre bien criado rara vez piensa que se le desprecia, y nunca muestra síntomas de que se lo imagina; tampoco cree que no se tienen con él las consideraciones debidas, ó que se le ridiculiza en sociedad, á menos que todo esto no sea de lo más claro, en cuyo caso su honor le obliga á responder como debe; pero la gente fina no se amostaza jamás. Confieso que es muy difícil tener sobre sí bastante dominio para conducirse con moderación, sangre fria y urbanidad, con aquellos que nos tratan con desdén ostensible, y que llevan la injuria hasta donde pueden sin consecuencias personales; pero yo sostengo que así debemos conducirnos: es necesario que abracés al hombre que odias cuando no puedas justificarte de molerlo á palos, porque de otro modo confiesas la injuria que no puedes vengar. Un cornudo prudente [y en París hay muchísimos] oculta sus cuernos cuando no puede sacarte las tripas con ellos, y no querrá aumentar el triunfo de su ofensor embistiéndole solamente sin remediar el mal. Una ignorancia simulada es á menudo una parte muy necesaria del conocimiento del mundo. Por ejemplo: es bueno aparentar muchas veces que se ignoran las cosas que las gentes se prestan á comunicarnos, y cuando preguntan ¿no ha oído Vd. tal cosa? responder *no*, dejando que continen sus discursos, aunque sepas de antemano lo que

quieren decirte. Algunos se complacen en comunicar las cosas porque se imaginan que tienen el talento de narrar bien; otros porque su vanidad se interesa en hacer ver que son sagaces en sus descubrimientos; y muchos también porque tienen gusto en hacer ver que se ha reposado, aunque erróneamente, confianza en ellos: todas estas gentes se verían contrariadas, y por consiguiente disgustadas, si les dijesees sí.

Aparenta siempre que ignoras, á menos que no hables con algún amigo íntimo, todas las cosas escandalosas y calumniosas, aunque las hubieres visto ó oído, porque las partes perjudicadas ven al encubridor con los mismos ojos que al ladrón. Cuando la conversación versare sobre esto, hazte el escéptico, aunque estés persuadido interiormente de la verdad de lo que se refiera, y procura siempre atenuar el mal. Pero esta ignorancia fingida no debe carecer de informes muy seguros sobre las cosas privadas, y este es en verdad el mejor medio de procurártelos, porque es tal la vanidad de la mayor parte de los hombres en manifestar su superioridad sobre otros, aunque no sea sino por un momento y en meras bagatelas, que descubrirán lo que debía tenerse secreto, antes que dar á entender que no se hallan en estado de informarte de lo que ignoras; además, esta aparente ignorancia te hará pasar por hombre poco curioso y por consiguiente sin malicia. Con todo, haz pesquisa de hechos, y trata de hallarte bien informado de todo lo que pasa; pero pesca juiciosamente y no á toda hora ni á menudo, ni tampoco con preguntas directas porque esto despierta la vigilancia de las gentes y las fatiga infaliblemente. De tiempo en tiempo convén en las cosas que deseas saber, y de ello resultará que alguno te informe oficiosamente de la verdad: algunas veces di que has oído esto y aquello; y otras da á entender que tus informes van mucho más lejos con el fin de saber á lo menos lo que necesitas; pero evita cuanto puedas las preguntas directas. Todos estos artificios necesarios en el mundo, requieren presencia de alma, frialdad y constante atención. Aquiles, aunque invulnerable, nunca iba á la pelea sino completamente armado. Las cortes serán tus campos de batalla, y debes asistir á ellas armado de pies á cabeza, y aun con un resguardo adicional en el talón (a). El menor descuido, la menor distracción, puede serte fatal. Desearía ardientemente que fueses

(a) Aquiles sólo era vulnerable en un talón.

lo que los pedantes llaman *omnis homo*, y Pope *hombre cabal*, para lo cual tienes todos los elementos; agrega tu voluntad y lo conseguirás. El vulgo suele servirse de este refrán grosero: *Echar á perder un puerco por economizar un cuarto de brea*, y tú no debes dar lugar á que este dicho pueda aplicársete; haz pues provisión de brea; fácilmente puedes lograrlo en comparación de cuanto ya has adquirido.

Acabo de recibir un paquete para Lady Hervey, lacrado con tus armas, pero el sobrescrito no es de tu puño. ¡ Ninguna carta tuya! ¿Estarás acaso malo? (a).

Máximas de Lord Chesterfield.

Un secreto conveniente es el único misterio de los hombres capaces; el misterio sólo es el secreto de los débiles y de los arteros (b).

(a) Abril 6. El autor á M. Dairrolles:

..... Aunque ya ha transpirado, y es generalmente creída, la colocación de nuestro amiguito, sin embargo, el negocio no ha llegado todavía á un punto que me inspire entera confianza, bien que lo crea yo muy probable. Le he escrito á París que venga aquí y lo espero la semana entrante. He creído que debe hacerse presente en esta corte y asistir á tres ó cuatro *leves*, los miércoles y los viernes, ahora que la decisión del negocio se halla tan cerca.

(b)

Modo y regla has de guardar

En encubrir tu secreto,
Pues fuera mucho agraviar
El no quererlo contar
A tu amigo si es discreto.

No pienses que te aconsejo
Que le guardes de tu hermano
Ni tu conocido espejo
Que los tienes cual espejo
En que ver tu obrar insano.

Que si yo te aconsejara
Que lo guardases de tales,
Claro está que no acertara:
Antes de esto se sacara
Poco amor y muchos males.

Que si el hermano es varón
Afectuoso, leal y fiel,

El hombre que no dice nada ó el que lo dice todo, no será jamás el confidente de nadie.

Si un necio sabe un secreto, lo descubre porque es necio; el bribón lo revela porque así conviene á su interés; pero las mujeres y los jóvenes descubren lo que saben sólo por la vanidad de mostrar que se ha reposado en ellos confianza. No descubras nunca tu secreto á personas de esta clase.

No fijar la atención en las ocupaciones del momento, hacer una cosa y pensar en otra, ó bien tratar de hacer dos á la vez, son pruebas infalibles de una alma frívola y pequeña.

Aquel que no puede dominar su genio, su atención ó su semblante, nunca será propio para negocios de ninguna especie.

El más débil puede aprovecharse de las pasiones del más sensato.

El distraído no puede conocer los negocios y por consecuencia no los manejará con acierto.

El que no tiene imperio sobre su semblante, descubre sus pensamientos como si los comunicase.

Desconfía de todos aquellos que sin ninguna razón plausible te aman mucho á poco de haberte conocido.

Vive también alerta contra aquellos que confiesan su fragilidad respecto de todas las virtudes cardinales.

Con amigos y enemigos no dejes que tus confianzas y tus hostilidades pasen ciertos límites; no hagas á los primeros peligrosos, ni irreconciliables á los segundos. ¡Son tantas y tan extrañas las vicisitudes del mundo!

Procura que tu tránsito al juicio de cada uno sea por en medio de su corazón. La vereda de la razón es muy buena, pero larga por lo común y quizá no tan segura.

La palabra ingenio (*spirit*) es muy de moda: obrar con ingenio, hablar con ingenio significa corrientemente obrar con temeridad ó hablar indiscretamente. El hombre capaz muestra su ingenio con palabras corteses y con acciones resueltas; no es ardiente ni tímido.

Cuando un hombre de juicio se halla en aquella situación desagradable viéndose obligado á preguntarse á sí mismo ¿qué haré?

Harásle gran sin razón
Si guardas tu corazón
Y tus pensamientos de él.

(CASTILLA) Tr.

debe responderse Nada. Cuando su razón no le señalare algún medio menos malo, se detendrá y esperará la luz. Un espíritu pequeño se precipita á todo riesgo en lo primero que piensa, y semejante á un caballo desbocado no teme ningún peligro porque no lo ve. *Il faut savoir s'empuyer.*

La paciencia es una cualidad de lo más necesaria en un ministro: muchos hombres querrán más bien que prestes oído á su pretensión, que el que les concedas lo que solicitan. Debe pues aparentarse que se oyen con calma los pedidos insensatos del petulante, y sin fastidio los enfadosos detalles del imbécil. Este es el precio más barato á que puede comprarse un alto empleo.

Es siempre provechoso descubrir un fraude y distinguir una fragilidad; pero por lo común es muy peligroso poner uno ú otro de manifiesto. Un hombre de negocios debe tener siempre los ojos abiertos, pero á menudo debe parecer como si los tuviese cerrados.

En las cortes debes conceder á todo el mundo un grado igual de contemplación y de afabilidad. Los anillos que forman la gran cadena de la corte son innumerables é imperceptibles. Es necesario que escuches con paciencia las melancólicas quejas de un gentilhombre ó de un paje, porque probablemente el uno ó el otro cuenta con el favor de algún pariente de la camarera predilecta, de la dama favorita, de la querida del ministro en privanza, ó quizá del rey mismo, y consiguientemente puede hacerte en secreto é indirectamente mayor mal ó bien que cualquiera otro hombre de calidad.

Un buen protector puede serte suficiente en la corte con tal que no tengas enemigos personales, y para no tenerlos debes sacrificar, como los indios al diablo, muchas de tus pasiones y mucho de tu tiempo, á los innumerables seres dañinos que infestan aquel lugar, y de este modo lograrás prevenir y desviar los perjuicios que podrían hacerte.

Un joven, sea cual fuere su mérito, no puede elevarse por sí solo; es menester que, como la yedra en un encino, se enrosque en un hombre de crédito y poder. Tú debes pertenecer á un ministro por algún tiempo antes que alguno te pertenezca; y una inviolable fidelidad á aquel ministro, aun en su desgracia, te servirá de mérito y te recomendará con el subsiguiente. Los ministros perfieren el amor personal mucho más que el afecto de partido.

Como los reyes son engendrados y nacidos de la misma manera que los otros hombres, debe presumirse que son de la especie

humana; y si tuviesen una educación ordinaria, se asemejarían al resto de los hombres; pero lisonjados desde su cuna, su corazón se corrompe, su cabeza se extravía y parecen pertenecer á una especie distinta. Ningún rey se ha dicho á sí mismo : *Homo sum nihil humani á me alienum puto*. No hay lisonja extremada para ellos; embriagados desde su infancia con este licor, pueden, como los borrachos viejos, beber copas enteras sin sentirlo (a). Prefieren un afecto personal al servicio público y lo recompensan mejor; son bastante vanos y débiles para considerar los miramientos que se les atestiguan como ofrenda voluntaria á su mérito y no como sacrificio á su poder.

Si quieres ser el favorito de tu rey dirígete á sus debilidades, porque si te encaminas á su razón rara vez lo conseguirás.

En las cortes la vergüenza mal entendida y la timidez, son tan perjudiciales como la impudencia y la temeridad. Una confianza firme y una fría intrepidez con un exterior modesto, forman el medio necesario y verdadero.

Jamás te adhieras á objetos que te parezcan difíciles de conseguir. Solicitando cosas indiscretas, acostumbrarías á los ministros á rehusarte lo que pides, y de este modo les sería fácil negarte después las cosas más justas y racionales. Es una regla general en las cortes, pero también un error, pedir todo lo que se presenta para obtener á lo menos alguna cosa. Cierto es que puede ganarse algo, pero este algo es una repulsa ridícula.

Hay en las cortes una jergonza, un parloteo fútil sobre boberías y simplezas que encierra muchas palabras y poco ó ningún significado. Esta charla suple la falta de discursos de los que no saben qué decir, ó de los que no quieren decir lo que saben. Es el lenguaje propio de los besamanos y de las antecámaras y es necesario saberlo.

Todo hombre que vive en la corte debe ser civil y bien criado, y esta capa cubre muchas locuras, del mismo modo que la caridad echa un velo sobre las debilidades. Yo he conocido un hombre de primera clase, en lugar eminente en la corte, cuyo único mérito era ser humildemente orgulloso, y agradablemente necio.

(a) Amusez les rois par des songes,
Flattez-les, payez-les d'agréables mensonges,
Quelque indignation dont leur cœur soit rempli
Ils yoberront l'appât, vous serez leur ami.

(LA FONTAINE.) Tr.

Difícil es decir si es más loco el que dice siempre la verdad ó el que no la dice nunca. El crédito es tan necesario en los negocios de estado como en los mercantiles. No se puede engañar largo tiempo en los unos ni en los otros.

Las gentes se abrazan en la corte sin conocimiento, se sirven sin amistad y se injurian sin odio. El interés y no el sentimiento es el fruto de aquel terreno.

Un aspecto agradable es muy útil en la corte, los necios lo toman por buen natural y los artificiosos por sinceridad.

Á veces conviene decir la mitad de nuestro secreto para ocultar el resto; pero son muy raras aquellas en que nos tiene cuenta revelar lo completamente. Es necesario muchísimo discernimiento para conocer el punto en que debemos detenernos.

Las ceremonias son necesarias en la corte, porque, á manera de obras avanzadas, defienden las costumbres.

La lisonja, bien que sea como el dinero falso, es la moneda indispensable en la corte, porque la costumbre y el consentimiento unánime le ha dado tal circulación, que ha llegado á considerarse como pago legal.

Si un ministro te niega un pedido racional, si te desprecia ó insulta, disimula, oculta tu resentimiento, si no tienes bastante crédito para vengarte. Un buen humor aparente de tu parte, puede prevenir su enemistad y restablecer las cosas á su primer estado; pero si tienes bastante fuerza para herir, dale á entender modestamente que también podrías tener la voluntad de hacerlo. El temor cuando es real y bien fundado, es quizá en las cortes un medio más seguro que el amor. Son muchos más los que pueden perjudicarte en la corte que los que pueden servirte; desarma á los primeros y gana á los segundos.

La torpeza ó poca habilidad es más perjudicial de lo que generalmente se cree, porque á menudo trae consigo el ridículo y siempre disminuye la consideración.

La urbanidad es un escudo contra las malas maneras de los otros, porque hay en ella cierta dignidad que infunde respeto aun á los más petulantes. La mala crianza invita y autoriza la familiaridad de los más tímidos. Nadie dijo nunca una cosa impertinente al duque de Marlborough; ni civil, aunque si muchas lisonjeras, á Sir R. Walpole.

Quando se prohibió la circulación de la moneda escatimada, en tiempo del rey Guillermo, para acuñar otra nueva, se trató de impedir en lo sucesivo esta bribonería, á cuyo efecto se imprimie-

ron en el círculo de las piezas llamadas coronas estas palabras; *Et deus et tutamen*. Esto mismo se puede aplicar muy bien á la urbanidad.

La ciencia puede dar peso, pero sólo las cualidades exteriores dan lustre: son muchas más las personas que ven que las que pesan.

La mayor parte de las artes requieren un largo estudio y mucha aplicación; pero la más útil de todas, la de agradar, sólo exige el deseo de conseguirlo.

Debe presumirse que un hombre de común sentido que no alimente el deseo de agradar, no desea nada, pues que forzosamente debe conocer que sin aquel deseo no conseguirá ningún intento.

Un negociador hábil sabe distinguir los secretos grandes de los pequeños, y será tan callado y pertinaz en los primeros, como franco y abierto en los últimos. Tratará de convertir á sus adversarios públicos en amigos personales mostrándoles buena cara y el mayor comedimiento. Lisonjeará y seducirá al hombre al mismo tiempo que contraminará al ministro. Jamás se enajenará las voluntades lidiando por puntos inasequibles ó de poca importancia. Sabrá labrarse un mérito cediendo lo que no puede ó no quiere conseguir, y venderá una bagatela en mil veces más de lo que vale.

Un ministro extranjero encargado de grandes negocios, debe necesariamente pagar espías; pero no creer fácilmente sus informes, porque jamás son exactamente verdaderos y muchas veces son muy falsos. Sus mejores espías serán aquellos que no le cuesten nada, y que él haya atraído con destreza á su servicio sin que ellos pisen en lo más remoto que hacen el papel de espiones.

Hay cierta jerigonza, que yo llamaría en francés *persiflage d'affaires*, que un ministro extranjero debe conocer y de que puede servirse con mucha ventaja en los grandes convites, en las sociedades mixtas y en todas las ocasiones en que es necesario que hable y no diga nada; frases bien torneadas que parecen encerrar mucho y que en realidad no significan nada. Por medio de esta especie de broma política se previenen ó apartan mil dificultades á que se halla expuesto un ministro extranjero en las conversaciones ordinarias. *Volto sciolto e pensieri stretti* es cosa muy útil en los negocios. Un hombre grave, tenebroso y reservado tiene *fenum in cornu* (a); un aire libre y abierto invita á la confianza y no infunde sospechas.

(a) En tiempo de los romanos los boyeros ataban en los cuernos de

El disfráz y el disimulo son absolutamente necesarios en un ministro extranjero, y sin embargo, debe detenerse en el punto que uno y otro tocan la perfidia y la falsedad. Difícil es distinguir esta línea divisoria: á veces debe uno parecer contento cuando está agitado y serio cuando está contento.

Un ministro extranjero debe ser exacto economista y proporcionar sus gastos á su sueldo y facultades, porque las deudas le harían caer en desgracia en la corte en que reside, y en la más servil y abyecta dependencia de la corte que lo envía.

El duque de Sully observa con mucha razón en sus memorias, que nada contribuyó más á su elevación, que la prudente economía que había observado desde su juventud, por medio de la cual ahorró una suma considerable para subvenir á sus necesidades en los casos necesarios.

Es muy difícil fijar un punto cierto á la economía: entre ambos errores más vale caer en la parsimonia, porque este defecto puede corregirse, pero el vicio opuesto jamás.

La reputación de hombre generoso puede comprarse á poco precio, porque depende menos del gasto ordinario que de saber dar oportunamente. Por ejemplo: quien diese á un criado tres pesetas pasaría por avaro, á la vez que el que le diese un duro entero sería considerado como generoso; así que, la diferencia entre estos caracteres opuestos versa sobre una peseta. La reputación de un hombre bajo este respecto, depende principalmente de los dichos de sus criados; una bagatela sobre su salario les arrancará informes favorables.

Ten siempre cuidado de vivir dentro de los límites de tu fortuna, pero dejando siempre un fondo de reserva para las contingencias inesperadas y para la prudente liberalidad.

Es muy raro no encontrar en todo el año una ocasión para emplear ventajosamente una pequeña suma (a).

los toros bravios unos manojillos de heno para que la gente estuviese prevenida; y de aquí se formó el proverbio *fenum habet in cornu*, que se aplica á las personas siempre prontas á hacer daño.

Tr.

(a) Al pie de estas máximas originales se hallan escritas del propio puño de M. Stanhope las siguientes palabras: *Eccelentes máximas, pero calculadas más bien para los meridanos de Francia y de España que para el de Inglaterra.*

LONDRES, 27 de Mayo de 1753.

MI QUERIDO AMIGO.

Me he visto hoy fatigado, acosado y aun atormentado por un hombre de gran mérito, de mucho buen sentido y de profundo saber; uno de mis parientes más cercanos que comió y pasó la tarde conmigo. Esto parece una paradoja, pero es la pura verdad; no tiene ningún conocimiento del mundo, ni maneras, ni urbanidad; lejos de hablar sin estudios, como se dice de las gentes que discurren tontamente, este habla lo mismo con estudios, cosa que en la conversación general es diez veces peor. Este sujeto ha formado en su gabinete, siempre con arreglo á sus libros, ciertos sistemas en todas materias, sobre los cuales arguye con terquedad, y se pasma y encoleriza cuando los otros difieren de opinión. Sus teorías son buenas, pero desgraciadamente todas impracticables. ¿ Por qué? únicamente porque ha leído y no conversado. Conoce los libros, pero es extranjero en medio de los hombres. Afanado con su materia, da á luz con las mayores congojas; titubea, se detiene en la pronunciación y al cabo siempre se expresa sin elegancia; no tiene la menor gracia en sus acciones; así que con todo su mérito y todo su saber, más bien querría yo conversar seis horas con la mujer más cotarrera y frívola que tuviese algún conocimiento del mundo, que con él (a). Las absurdas ideas de un hombre sistemático que no conoce el mundo, cansan la paciencia de todo el que lo conoce. Sería cuento de nunca acabar si uno se pusiese á corregir sus errores; y aun no lo vería de buen ojo, porque todo lo ha considerado con reflexión y está seguro de que marcha por el camino recto (b). La

(a) Hombre hay que aunque trabaje infatigable,
Viene á morir mendigo y miserable;
Y hombre hay que con un poco de trabajo
Á la opulencia llega por atajo;
Así hay hombre que estudia muchos años
Y no puede salir de sus engaños;
Y hombre hay que en pocos años de lectura,
Alcanza una instrucción vasta y madura.

(LEÓN DE ARROYAL.)

(b) Yo sostengo y aun salvo por garante
De que si llega á errar el hombre instruido,
Es más necio su yerro y su descuido
Que el yerro de cualquier tonto ignorante.

(LOBOS.)

Tr.

Tr.

impropiedad es una de las señales infalibles en esta especie de gentes, que sin tomar en consideración, porque no los conocen, las maneras y los usos, los violan á cada momento, y ofenden á menudo, aunque sin intención. Jamás atienden al carácter general, ni á la posición particular de las personas que se hallan delante, ó á quienes hablan; á la vez que el conocimiento del mundo enseña que las mismas cosas que convienen en una compañía, en ciertos tiempos y lugares, son muy absurdas en otros. En una palabra, el que conoce por experiencia y ha observado los caracteres, los usos y las maneras de los hombres, es tan superior á un sabio que sólo conoce los libros y que forma sistemas por lo que ha leído, como un caballo de buena rienda lo es á un asno. Por consiguiente, tú debes frecuentar y estudiar las sociedades de hombres y mujeres, no sólo en su exterior, que está preparado y en estado de defensa, sino en su carácter interior y doméstico que por consecuencia se halla menos disfrazado. Fórmate idea de las cosas tales como aperezcan á tus ojos y á tu experiencia, y no como has leído que son ó deben ser; porque jamás son totalmente lo que deberían ser. Á tal intento, no te contentes con los conocimientos generales y comunes, sino que por dondequiera que pudieres, forma relaciones domésticas en las mejores casas. Por ejemplo: ve otra vez á Orli por dos ó tres días, y repite esta visita diferentes ocasiones: ve también á Versailles, extiende los conocimientos que allí has adquirido y procura que te sean ventajosos. Vive en Saint-Cloud como si fuese el lugar de tu residencia; y cuando alguna persona de calidad te invitare á pasar algunos días en su casa de campo, acepta la invitación; esto te dará necesariamente la flexibilidad de alma, y la facilidad de adoptar diversos usos y costumbres, porque todo el mundo desea agradar á las personas con quienes vive, y para agradar es necesario conformarse con los usos de ellas.

Nada obliga más que el conformarse fácil y placenteramente con las costumbres, los hábitos y aun las debilidades particulares de los demás. Sirviéndome de un dicho vulgar, nada hay que caiga mal á un joven, el cual debía ser con fines abonables, lo que Alcibiades con malos designios: un proteo que toma fácilmente toda especie de formas y se acomoda á ellas sin ninguna mortificación. El frío, el calor, la abstinencia, la gravedad, la ceremonia, la comodidad, el saber, la bagatela, los negocios y los placeres son accidentes á que debe doblegarse, y que debe dejar ó cambiar ocasionalmente con tanto desembarazo como si se pu-

siese ó quitase el sombrero (a). Todo esto se adquiere únicamente con el uso y conocimiento del mundo, frecuentando la sociedad, analizando los caracteres é insinuándose en la familiaridad de mil conocimientos diversos. Una ambición laudable y generosa de figurar en el mundo, inspira necesariamente el deseo de agradar, y este deseo indica, hasta cierto punto, los medios de conseguirlo. El arte de agradar no es en efecto más que el arte de ensalzarse y distinguirse; pero sin las gracias, como te tengo dicho mil ocasiones, *ogni fatica e vana*. Apenas tienes diez y nueve años, edad en que la mayor parte de tus compatriotas se embriagan en la universidad con vino de Oporto. Tú les sacas la ventaja por lo que hace al saber; y si les tomas igualmente la delantera en el conocimiento y maneras del mundo, estás seguro de eclipsarlos en la corte y en el parlamento, porque generalmente ellos no comienzan á ver el mundo sino á los veinte y un años, á cuya edad habrás visto tú la Europa. Se ponen en camino sin estar limados, y en sus viajes se liman entre sí, porque rara vez ponen el pie en las sociedades extranjeras; sólo conocen al mundo inglés, y esto por sus peores lados; por lo regular no saben más lengua que la suya; vuelven á la casa paterna pulidos y refinados (dice Congreve en una de sus comedias), como los marineros holandeses que regresan de la pesca de la ballena (b).

El cuidado que se ha tenido contigo, y, para hacerte justicia, el que tú has tenido de ti mismo, te ha traído á los diez y nueve años al punto de no faltarte otra cosa que adquirir, si no el conocimiento del mundo, las maneras y las prendas exteriores. Pero estas son adquisiciones esenciales en opinión de aquellos que tie-

(a) « Quiconque aime à se répandre, et fréquente plusieurs sociétés, doit être plus flexible qu'Aloibiade, changer de principes comme d'assemblées, modifier son esprit, pour ainsi dire, à chaque pas, et mesurer les maximes à la toise. Il faut que cette flexibilité aille jusqu'à quitter son âme en entrant, s'il en a une; qu'il en prenne une autre aux coureurs de la maison, comme un laquais prend un habit de livrée; qu'il la pose de même en sortant, et reprenne, s'il veut, la sienne jusqu'à nouvel échange, etc. »

(J. J. ROUSSEAU.)

(b) D'où venez-vous, sir Tom? — J'arrive de Calais.
 — Vous avez parcouru l'Italie et la France?
 — Oui. — Quel peuple à vos yeux obtient la préférence?
 — Je ne sais. Je n'ai vu partout que des Anglais.
 — Vous avez vu du moins Voltaire et l'Arioste?
 Non. — Qu'avez-vous donc fait? — Mais, j'ai couru la poste.
 (S.....)

nen bastante buen sentido para conocer lo que valen; y si las consigues antes de cumplir veinte años y te presentas en el teatro brillante del mundo, te darán tal ventaja sobre tus contemporáneos que ninguno podrá alcanzarte, sino que se verán realmente *apartados*. Es probable que logre yo colocarte cerca del príncipe heredero, que verisimilmente será un rey joven, y á su lado los mil medios de agradar, la flexibilidad, el *brillo* y las gracias, balancearán y aun eclipsarán todo tu saber sólido y todo tu mérito sin ornato. Unta pues arrobos de aceite sobre tus miembros; muéstrate ágil é insigne en esta carrera, si quieres llegar temprano y antes que nadie á tocar el límite. Trabaja sin descanso, querido mío, en esta grande obra; atiende á los puntos más pequeños, á las gracias más imperceptibles que contribuyen á formar el carácter vistoso de un perfecto caballero, de un gentilhombre y de un cortesano estimado de todo el mundo. Atiende á los perfiles relumbrantes de los sujetos de moda que fueren más amados y estimados, é imita aquella cualidad particular en que se distinguen y por la que son alabados; reúne entonces todas estas partes y aprópiatelas formando de ti mismo un mosaico. Nadie posee todas las perfecciones, pero cada uno tiene alguna cosa que merece ser imitada. Lo que importa es que elijas bien los modelos, y para esto llévate más bien de tus oídos que de tus ojos. El mejor modelo es siempre el que todo el mundo tiene por tal, aunque estrictamente considerado no merezca aquel título. Es necesario que tomemos la mayor parte de las cosas como son en sí, porque no podemos hacerlas según nuestros deseos, ni muchas veces como deberían ser; y en puntos en que no se interesan los deberes morales, es más prudente seguir á los otros que intentar conducirlos. Á Dios (a).

(a) Mayo 25. El autor á M. Dairroles :

.... Cuando el ministro napolitano que se halla actualmente en París, llegue aquí, Sir James Gray será nombrado enviado del rey en Nápoles, y entonces espero y creo que vuestro amigo mi será igualmente nombrado para suceder á Sir James en Venecia, cuyo punto es el mejor del mundo para que él comience. La variedad de pasajeros de todas naciones que allí verá, espero que le dará más deseo de agradar, que es lo que necesita y lo que yo procuro inculcarle. Es un muchacho muy descuidado y negligente para su edad, y no posee aún *l'art de se faire valoir*, que es uno de los más necesarios.....

En otra carta de 22 de Junio decía el autor al mismo sujeto :
 El negocio de Venecia, que yo considero como casi seguro, espera la llegada del marqués de Albertini que aun se halla en París. Su Majestad

BATH, 3 de Octubre de 1753.

MI QUERIDO AMIGO.

Tienes en vista tres cortes electorales, Bonn, Munich y Manheim. Te aconsejo que visites de paso dos de ellas, y que fijes por algún tiempo tu tabernáculo en la tercera, sea la que fuere. Por ejemplo: si eliges Manheim, como lo imagino, no permanezcas más que diez ó doce dias en Bonn y otros tantos en Munich; de allí irás á fijarte á Manheim y así *viceversa*. Si prefieres alguna de las otras, elige una para residencia y visita únicamente las dos que excluyas. Cierto es que no puede uno complacerse, ni complacer á los demás, en donde sólo vive ocho ó diez dias como ave de tránsito, porque por ambas partes se cree que no vale la pena de adquirir conocimientos, y mucho menos de formar relaciones por tan cortos dias; pero tratándose de varios meses queda á un hombre el tiempo suficiente para familiarizarse bastante bien y pronto se le considera como si no fuese extranjero. Esta es la utilidad real de los viajes, porque al formar relaciones penetras la vida interior y puedes sorprenderla en paños menores, medio único de conocer las costumbres, las maneras y todas aquellas infinitas particularidades que distinguen á un lugar de otro; pero esta manera de vivir familiarmente en las mejores casas, no es efecto de algunas visitas frías de media hora y de pura forma; no; es necesario que atestigües solicitud, deseo é impaciencia de formar conexiones; que te prestes á ello mostrando afabilidad y deseo de agradar; que no andes corto en alabanzas de todo lo que merezca tu aprobación, y también que aprendas á alabar lo que no la merezca si ves que es del gusto del lugar. Bien sé que no eres inclinado á alabar, pero es porque no sabes todavía hasta

insiste en que hasta que aquel ministro desembarque en Inglaterra, no debe él nombrar el suyo para Nápoles; y Su Majestad Napolitana piensa que ha ido ya muy lejante su representante hasta Paris, antes que ninguno haya sido nombrado de nuestra parte. Entre nos, creo que tiene razón y que aquí se obra erróneamente, porque la desigualdad no es mucha entre testas coronadas; algunas tienen, es verdad, el derecho de precedencia; pero ninguna tiene, ni aun el Emperador, que en vano la pretende, una preeminencia sobre las otras. Pero supongo que esto se enmendará de una á otra manera. Lo deseo con impaciencia porque ya no veo las horas de que el muchacho entre en el manejo de los negocios y establezca una tienda en espera de un gran almacén.

qué punto se mira lisonjeado el amor propio al ver aprobadas nuestras propias opiniones, nuestras preocupaciones y nuestras debilidades, aun en bagatelas; siendo por el contrario mortificado cuando pensamos que nuestras opiniones y aun nuestros gustos, nuestros usos y nuestros hábitos son acusados y condenados. La aprobación produce un efecto enteramente contrario y de ello voy á exponerte un ejemplo muy notable.

El famoso conde de Shaftesbury, siendo canceller en el reinado corrompido de Carlos II, ambicionaba ser favorito, y también ministro del rey; y para agradar á S. M. cuya pasión dominante eran las mujeres, sostenía una querida de que no tenía ninguna necesidad ni le servía de nada. El rey olió la cosa y le preguntó si era positivo. El conde convino en ello agregando que aunque mantenía esta mujer, no le faltaban otras, porque le gustaba la variedad. Algunos dias después el rey, en un besamano público, vió al conde á cierta distancia y dijo á los que le rodeaban. « No se creeria que aquel débil hombrecillo es el mayor licenciado de Inglaterra; pero nada es más cierto. » Cuando entró el conde todo el mundo se puso á reir y el rey dijo: « se trataba de vos Milord; » ; De mí, Señor! respondió el canceller con alguna sorpresa. Si, respondió el rey, porque acabo de decir que sois el mayor licenciado de Inglaterra: ¿ no es cierto? « Para un súbdito, Señor, respondió el Lord, puede ser cierto. » Lo mismo sucede en todas las cosas: pensamos que una diferencia de opinión, de conducta, de maneras es á lo menos una censura tácita, y por este motivo debemos adquirir la costumbre de conformarnos fácilmente con todo lo que no es criminal ni deshonesto. Se supone que todo el que se separa de esta costumbre general, se cree y declara más sabio que el resto del mundo, y esto no se soporta, sobre todo en un joven, porque á éste todo se le perdona, y aun se le aplande si lleva la moda hasta el exceso, pero nunca si quiebra lanzas contra ella. Á Dios (a).

[a] Agosto 16. El autor á M. Dairoles;

.... Os quedaréis sorprendido al saber, como lo quedé yo cuando se me dijo, que el negocio de Venecia no tendrá verificativo por la terminante negativa de Su Majestad, á pesar de que el Duque de Newcastle, y Lady Yarmouth, hicieren, como sinceramente lo creo, todo lo que podían hacer, para lograrlo. No existía compeltor, la comisión era de poca importancia y ninguno de los interesados dudaba del buen suceso, cuando, hace diez ó doce dias, Su Majestad, instado por el Duque de Newcastle para una determinación definitiva, se negó absolutamente. La

BATH, 19 de Octubre de 1753.

MI QUERIDO AMIGO.

Entre los mil ingredientes que componen el arte de agradar, no hay ninguno más atractivo y seductor que aquella flexibilidad y aquella dulzura de fisonomía y de maneras que, sabes bien, son irresistibles, aunque seas, Dios sabe por qué, enemigo jurado de ellas. Las gentes se toman el mayor trabajo para ocultar ó disfrazar sus imperfecciones naturales. Algunos procuran encubrir los defectos de su talla dando á su vestido cierta forma, ó valiéndose de otros artificios. Las pobres mujeres cuyo cutis es naturalmente feo, ven el modo de hacerlo hermoso; y hombres y mujeres á quienes la naturaleza ha visto con ojos de madrastra imponiéndoles un semblante desagradable y feroz, hacen á lo menos cuanto está en su arbitrio, aunque por lo regular inútilmente, para serenarlo y mitigarlo; afectan un aire dulce y risueño, aunque las más veces hacen, como el diablo de Milton, *gestas horribles sonriendo monstruosamente*, (*they grin horribly a ghastly smile*). Mas tú eres la única criatura que haya yo conocido en toda mi vida que no solamente desdena, sino que absolutamente desecha y desfigura aquel precioso don que la benigna naturaleza te ha concedido. Bien adivi-

única razón en que fundó su excusa fué la del nacimiento del muchacho, cuya razón, según se había dicho antes á Su Majestad, no tuvo ningún peso á sus ojos cuando se trató de Charles Churchill, hijo ilegítimo del general Churchill, y que fué sin embargo enviado como ministro á una de las primeras cortes de Europa, y tuvo el honor de ser colocado cerca de Su Majestad como camarero suyo. Confieso que, considerando mi conducta desde que me retiré de la corte, las dificultades que podía yo haber suscitado, en vez de la facilidad de que he dado pruebas, y considerando la declaración que hice de que como este era el primero, también sería el último favor que pediría, no esperaba yo se me negase semejante bagatela. Pero ya no hay que pensar en ello, y tengo bastante filosofía para evitar un sentimiento indilil por lo que no puede remediarse. Estoy en expectativa de otra cosa, y con tal fin introduciré á vuestro amigo en el próximo Parlamento; la capa parlamentaria, más extensa si es posible, que la de la caridad, cubrirá aquella falta involuntaria. Entretanto, pienso hacerlo viajar para que no esté ocioso ni vague por la ciudad de Londres el próximo invierno. Dentro de tres semanas irá en primer lugar á Holanda por un mes ó más, y de allí á las tres cortes electorales de Bonn, Manheim y Munich, en las que nunca hay ingleses, porque este es mi grande objeto. [Mucho tiempo ha conversado ya con ellos en Francia en donde hormiguan actualmente. Tr.

nas que hablo de la *cara*, porque te ha tocado una muy agradable; pero tú te defendes, pides perdón y sentirías mucho aceptarla; tomándote por el contrario el mayor trabajo para adoptar la más siniestra, la más desapacible y la más desagradable que se pueda imaginar. Imposible parece esto, pero bien sabes que hablo verdad. Si te imaginas que tal aire es varonil, profundo é importante, como se lo figuran varios de tus compatriotas, te engañas muy mucho, porque lo único que consigues es tomar las trazas de un coracero alemán, en cuyo ejercicio entra el aparecer formidable y herizado. Dirás quizá: ¿qué, he de andar estudiando siempre mi semblante para darle esa dulzura? Respondo, No; hazlo únicamente durante quince días y después no tendrás que pensar más en ello. Con sólo que te tomes, para recobrar aquel semblante que la naturaleza te ha dado, la mitad del trabajo que por fuerza te ha de haber costado desfigurarle, será asunto concluido. Acostumbra tus ojos á cierta dulzura de que son muy capaces, y tu rostro á aquella sonrisa que le conviene mejor que á ninguna otra figura de cuantas he visto. Da también á tus movimientos cierta flexibilidad que haga desaparecer la tesura que ahora tienen. Querría yo que adquirieses hasta cierto punto el *aire de convento* (bien sabes lo que quiero significar), porque hay en él un *no sé qué*, cierta mezcla de benevolencia, de afecto y de unión que atrae mucho. Por lo regular es sincero, á lo menos así se considera, y por consecuencia es grato. ¿Puedes llamar á esto trabajo? Cuando más será un trabajo de media hora durante una semana. Pero aun suponiéndolo tal, pídele que me digas por qué te has tomado el trabajo de bailar tan bien como lo haces. El baile no es un deber religioso, moral ni civil; tu objeto, confíesalo, fué agradar, y te concedo la razón. ¿Por qué llevas hermosos vestidos y te rizas el pelo? ¿No es este también un trabajo? Más cómodo sería permanecer con la cabellera enmarañada y un vestido andrajoso. También haces esto por agradar, y haces muy bien; pero si así es, razona, por el amor de Dios, y obra consecuentemente. Trata de agradar en cosas más esenciales, sin lo cual todo el trabajo que en éstas te has tomado será enteramente perdido. Tu destreza en el baile luce cuando más seis veces al año; á la vez que tu semblante y tus movimientos se hallan cada día, y todo el día, á vista de todo el mundo. ¿Cuál de estas cosas, apelo á tí mismo, merece que la atiendas más? La dulzura de la fisonomía y de las gesticulaciones puede únicamente hacer agradable todo lo demás. Estás muy lejos de ser de mal natural;

¿querrás que se te tenga por tal sin merecerlo? pues así lo haré creer tu figura ordinaria á cualquiera que no te conozca. Para completar la dulzura de fisonomía y de maneras que tanto te recomiendo, debías extenderla á tus expresiones y tus ideas; mezcla siempre en ellas algo de afectuoso y tierno; toma el lado más favorable é indulgente de todas las cuestiones. Verdad es que el formidable y sublime John Bull (a), tu compatriota, no se conduce así, y que para mostrar su temeridad y fuerza de espíritu, toma el lado más áspero y lo adorna por lo regular con un gran voto al diablo para parecer aún más formidable.

A pesar de todos mis baños, lavatorios é inyecciones, mi oído no oye una jota más, y sin embargo, he pasado aquí la mitad de la estación. Rara vez entro en sociedad, porque mi estado no es á propósito para ninguna de ellas. Me imagino que tú las frecuentas bastante para ambos, y es seguro que ganarás más que yo con todos mis libros, porque sólo leo para entretenerme y pasar el tiempo que me sobra en abundancia; pero tú tienes dos razones poderosas para asistir á la sociedad, el placer y el provecho. ¡Quiera el cielo concederte mucho de uno y otro! A Dios.

LONDRES, 20 de Noviembre de 1753.

MI QUERIDO AMIGO.

Nos faltan actualmente dos correos de Holanda, de modo que no tengo que acusar recibo de ninguna tuya. Sin embargo, sabes por una larga experiencia que esto no obsta para que yo te escriba; tus cartas me son muy gratas, pero siempre trato de que las mías redunden en tu beneficio y en todo caso prefiero tu ventaja á mi placer.

Si te hallas bien establecido y naturalizado en Manheim, prolonga tu morada en esta ciudad, y no dejes lo cierto por lo dudoso; pero si piensas poder establecerte bajo igual pie ó mejor en Munich, dirígete allí luego que te agradare; y si el resultado no correspondiere con tus esperanzas, siempre podrás volver á Manheim. En una de mis anteriores te dije que debías pasar el carnaval en Berlin, porque me parece que es lugar que te ha de

(a) Nombre que suele aplicarse á todo inglés, como *Yankee* á todo anglo-americano.

gustar y al mismo tiempo serte provechoso; sin embargo, obra como te parezca, pero comunícame tu resolución. Tanto el rey como el país tienen y tendrán tanta parte en los negocios de Europa, que bien merecen que los estudies á fondo.

Si en el lugar que habitas actualmente, ó en los que pudieres hallarte en lo sucesivo, hablas á menudo francés, alemán ó inglés, te recomiendo la mayor atención á la propiedad y elegancia del estilo; emplea las mejores palabras que cada idioma pueda procurarte; evita la cacofonía y cuida de que tus períodos tengan toda la consonancia posible. Estoy seguro de que no es menester repetirte lo que tantas veces has sentido tú mismo, quiero decir, el mucho realce que la elegancia de dicción comunica á los pensamientos, y la facilidad con que hace pasar aun los malos. Casi á esto viene á reducirse toda la magia en la cámara de los comunes, y en realidad en toda reunión pública ó privada. Las palabras, que son el traje de los pensamientos, exigen ciertamente más cuidado que los vestidos, que sólo sirven para adornar la persona, y sin embargo, merecen su parte de atención. Si te aplicas al estilo de una lengua, te acostumbrarás á usarlo en cualquiera otra; y si llegas á hablar francés ó alemán con la mayor elegancia, verás cómo tu mismo inglés participa de iguales progresos. Te lo repito aun, por la milésima vez: no trabajes ahora más que en adquirir las cualidades ornamentales. Muy mal conocen el mundo y gastan muchas palabras en vano, los que nos alaban la simplicidad y la solidez sin ornato. Mucho tiempo há que los hombres dejaron el estado de la naturaleza; las edades de oro y de simplicidad nativa no volverán jamás. Si hemos ganado ó perdido no es la cuestión; nos hallamos refinados, y las maneras simples, los vestidos sencillos y el lenguaje llano serían tan inadmisibles en la vida, como las bellotas, las hierbas y el agua de la fuente vecina en la mesa. En este momento entran algunas gentes que interrumpen el curso de mi sermón, y así buenas noches.

BATH, 26 de Noviembre de 1753.

MI QUERIDO AMIGO.

—; Qué de fiestas y placeres en Manheim! Si se puede dar crédito á las historias hebdomadarias de M. Rodriguez, el escritor más elegante entre los modernos, no sólo monterías numerosas y

brillantes; óperas en que los actores hacen maravillas; los días de cumple años de SS. RR. Señorías celebrados en gran gala; sino que, para coronar la obra, M. Zuchmattel ha llegado felizmente, y se espera á cada instante á M. Wartenleben. Supongo que tú eres *pars magna* en todas estas fiestas; aunque como dice Bluff, en el Viejo Celibulario (a). parece que ya no eres de este mundo según el silencio que guarda respecto de ti ese gacetero bribón. Pienso que á lo menos debería haber indicado que te muestras en todas esas diversiones con fisonomía alegre, y que te distingues entre la numerosa y brillante concurrencia por tu aire, tu vestido, tus maneras y atenciones. Si tal fuese el caso, como lo supongo y deseo, podría yo escribirle, si te parece, para que te haga justicia en su próximo suplemento. Fuera de chanza, celebro mucho que andes rodando en ese torbellino de placeres, propio para suavizar, pulir y frotar tus partes ásperas.

Los ministros aquí, intimidados con los clamores brutales y absurdos de la plebe, me parece que han dado pruebas de pusilanimidad, anulando en esta sesión la ley que había pasado en la precedente, para que los judíos pudiesen ser naturalizados con arreglo á las subsecuentes disposiciones del parlamento. Los que gritan con todas sus fuerzas contra esta innovación, triunfan; sin duda pedirán algo más, y si no se les otorga, pronto caerá en olvido este bello rasgo de condescendencia. Nada es más cierto en política que aquella reflexión del cardenal de Retz: *el pueblo teme siempre que conoce que no es temido*; de consiguiente, su irracionalidad ó insolencia aumenta cuando ve que inspira temor. Los gobiernos rectos y prudentes no dan al pueblo, si es posible, justos motivos de queja; pero por otra parte, se mantienen firmes contra sus ciegos clamores. Además, este ruido contra la ley de los judíos procede de aquel espíritu estrecho que el pueblo bajo alimenta contra la intolerancia en materia de religión, y de su falta de hospitalidad en materia civil, pretensiones á que debe oponerse todo gobierno prudente.

La confusión en Francia aumenta todos los días como sin duda habrás sabido en el lugar que habitas. Últimamente se ha publicado una respuesta del clero, que se me envió de París por el último correo; te la incluiría ahora si no fuese muy voluminosa; quizá la verás en Manheim en casa del ministro de Francia, y es

(a) Comedia de Congreve.

bueno que la leas, porque está escrita con mucho arte y de una manera plausible, aunque fundada en principios falsos. El *jus divinum* del clero, y de consiguiente su supremacía en materias de fe y de doctrina, se sostienen en este escrito, cosa que yo niego absolutamente. Si se concediesen ambos puntos al clero de cualquiera país, sería necesario que lo gobernase despóticamente, porque todo puede referirse directa ó indirectamente á la fe ó á la doctrina; y todo aquel en quien se supone el poder de salvar ó de condenar las almas para toda la eternidad, como el clero pretende, será mucho más respetado y mejor obedecido que ningún poder civil, cuyas pretensiones no van más allá de este mundo; á la vez que el clero debe considerarse en todo país bajo el mismo pie que los otros súbditos, dependientes del supremo poder legislativo; y ser sostenido por este poder bajo las restricciones y límites que le convienen para mantener la decencia y el decoro en la iglesia, del mismo modo que los comisarios para mantener la paz en los cuarteles (a). Esto ha sido claramente probado con arreglo á los principios mismos del antiguo y nuevo testamento, por Fra Paolo, en su libro de *Beneficis*, que recomiendo mucho á tu atención. Á Dios:

LONDRES, 25 de Diciembre de 1733.

MI QUERIDO AMIGO.

Á la vez recibí ayer dos cartas tuyas una del 7 y otra del 16 datadas en Manheim. En toda tu vida has tenido mejor razón para no escribir, sea á mí ó á cualquiera otro, que tu mal en el dedo. Me figuro que te habrá dolido bastante y me alegro de que ya estés curado; pero sea cual fuere el dolor que cause un dedo

(a) Je ne veux désormais
 Dans les prêtres des Dieux que des hommes de paix,
 Des ministres chéris, de bonté, de clémence,
 Jaloux de leur devoir et non de leur puissance,
 Honorés et soumis, par les lois soutenus,
 Et par ces mêmes lois sagement maintenus;
 Loin des pompes du monde, enfermés dans leur temple;
 Donnant aux nations le précepte et l'exemple:
 D'autant plus révérens qu'ils voudront l'être moins.

(VOLTAIRE.)